

Alberto Montiel Villacorta

Ensayos estéticos

EL PROBLEMA DE LO BELLO



ODOS los tratadistas de Estética han eludido siempre definir la belleza o lo bello. Y aquellos que lo han intentado, o bien han definido otro concepto, o su definición es vaga, imprecisa; por lo tanto no es definición. El espíritu queda siempre a oscuras.

Platón estimó la Belleza. Pero —a pesar de que subordina la Estética a la Ciencia y a la Ética— por ninguna parte de sus obras la define deliberadamente. Tampoco Aristóteles, que dedica una parte de su filosofía al tratado del Arte. Los escolásticos —la filosofía católicocristiana— tampoco llegan a algo concreto, puesto que identifican *lo bueno con lo bello*. Y sabemos que la Belleza ni es buena ni mala. La Belleza o lo bello es la Belleza o lo bello. Nada más ni nada menos. Rige sólo el principio de identidad.

Curioso es que el tratadista más autorizado y completo, Benedetto Croce, tampoco intente una definición. De pronto entra en materia, a tratar los distintos problemas de la Belleza, sin definirla previamente. Y es porque —como concepto extremadamente abstracto y, por lo tanto, muy general— carece de género próximo, que es la primera condición necesaria (aunque no suficiente) de toda definición: un concepto de mayor extensión en el cual pueda

incluirse el definido. Toda definición —al menos en parte— es en último análisis, un juicio de inclusión.

A pesar de las dificultades que el problema ofrece, acaso con exceso de osadía, después de dilatadas búsquedas y de porfiada reflexión, he podido llegar a una cuasi definición. Hallé el hilo de Ariadna —la sugestión— en la filosofía pitagórica. El maestro enseñaba que el *arké* o principio del Universo es el *número*. Y resulta curioso que —a efecto de purificar el alma— aconsejara el estudio de la Música y de las Matemáticas. ¿Por qué? . . . ¿Cómo puede amalgamarse arte y ciencia, si se estiman en divorcio absoluto? ¿No fué Pascal quien distinguió entre *espíritu de finura* —necesario para el arte— y *espíritu geométrico*, preciso para la ciencia? . . .

Luego reparé en el procedimiento de los estetas que constituyen los jurados para decidir en los concursos de belleza, ya sea en los aristocráticos balnearios europeos, o en los dorados de Yanqui-landia: medidas de perímetro y de longura, comparativamente, de diferentes regiones del cuerpo, para confrontarlas con las medidas de las regiones homólogas de Venus de Milo. Pero la *medida* es materia de la Geometría, la cual es parte de las Matemáticas.

Conforme con este orden de ideas, llegué a la siguiente formulación:

“Lo bello es la consecuencia de la proporcionalidad de dimensiones, ya de fragmentos de espacio, ya de espacios de tiempo”.

A esta cuasi definición de lo bello, podrá achacársele el defecto de ser muy matemática. Pero nada nos obliga a proclamar que las Matemáticas estén reñidas con la Estética, como si se tratara de materias opuestamente contradictorias. Inversamente: hechos concretos y objetivos nos revelan lo contrario. Recuérdese que Paul Valéry, el más exquisito poeta francés contemporáneo, al despertar todas las mañanas, muy temprano, se envolvía en su *robe de chambre*; y, a manera de desayuno intelectual, se entregaba —frente al encerado— a las abstrusas altas matemáticas: a abstractos problemas de cálculo diferencial. Al cabo de dos horas de absoluta abstracción,

descendía de la excelsitud a donde lo habían conducido las sutiles alas de las ideas puras; y al tomar contacto con la realidad —despertar de un sueño— ya estaba en condiciones de escribir algún poema. Es decir, en la materia de una ciencia pura —como las Matemáticas—, encontraba el poeta la substancia estética de su poesía.

No debemos, pues, alimentar animadversión ni prejuicios en contra de las Matemáticas. Si convenimos en que la metáfora es elemento poético, pues las Matemáticas, más de alguna vez, recurren a metáforas. Por ejemplo, cuando pretenden definir —por medio de una cuasi definición— el *punto matemático*.

“El punto matemático es un círculo de radio cero”.

Pura metáfora. Cuasi definición. Pero efusión poética.

Y así como la Estética recurre a las Matemáticas, sin proponerse hacer Matemáticas, a su vez las Matemáticas recurren a la poesía, sin el propósito de hacer poesía.

Con todos los defectos que pueda ostentar en sí esta cuasi definición de lo bello, su aceptación es útil. Práctica. Susceptible de aplicación. En efecto. La obra de arte pictórica, estatuaria, arquitectónica, resulta de la proporción o relación dimensional de fragmentos de espacio. La obra musical y el verso, de la proporción o de la relación de dimensiones de espacios de tiempo. La coreografía —la danza, el ballet— reúne las dos condiciones de espacio y de tiempo a la vez. Y bien puede definirse con la fusión de las dos cuasi definiciones que anteceden.

Pero lo bello aparece siempre que reconozcamos que la proporcionalidad de dimensiones se halla encuadrado en *lo normal* (1).

(1) Aquí confrontamos otro problema: ¿Qué se entiende por **lo normal**? Para determinarlo, es preciso hacer algunas consideraciones previas. El Universo puede valorarse desde dos puntos de vista: del de la **cantidad** y del de la **cualidad**. Cuantitativa y cualitativamente. Valoramos cuantitativamente todo cuanto es susceptible de someterse a mensura. Lo que escapa a esta valoración, que es lo únicamente cualitativo, lo inmensurable, lo estimamos, lo apreciamos **sin expresar medida**. De aquí el juicio lógico —reversible en juicio matemático, expresable en forma de ecuación—, y el juicio apreciativo o estimativo, que capta sólo las cualidades de los objetos. **Lo normal** —cuestión de cualidades y no

Y este reconocimiento es útil también, puesto que con ello estamos en condiciones de establecer grados o matices de belleza, tales como *lo bonito* y *lo hermoso*.

Así, *lo bonito* resulta de la proporcionalidad de dimensiones por debajo de lo normal. *Lo hermoso*, de la misma proporcionalidad por encima de lo normal.

Una mujer baja y menuda —figurita de biscuit—, pero proporcionada, es bonita. Una mujer alta, maciza, entrada en carnes, será hermosa. Hermosas son las vírgenes de Rafael.

Otro tanto es aplicable al paisaje, al cuadro pictórico, a la estatua, al edificio, al poema, a la obra musical. Inténtese, y se comprobará mi afirmación. Las brevísimas prosas de Paul Fort, v. gr., son bonitas.

Con todo, modestamente, yo no creo haber encontrado ya lo definitivo. Pero sí el camino para el hallazgo. Lo interesante para el pensamiento no es llegar. Es tener siempre un incentivo para mantenerse en actividad, y avanzar siempre. ¡Siempre avanzar! Un estímulo para vibrar y encontrar la precisa canalización del devenir. El pensamiento humano es el eterno *fluir* de Heráclito. Y en

de cantidad— se halla en esta última categoría de valores. Su estimación varía conforme varían las latitudes geográficas, o conforme varían los estratos culturales del espíritu. Conforme con este concepto, la estatura normal de un francés se estima en 1.70 m. La de un japonés, en 1.65 m. La de un escandinavo, en 1.80 m. Del mismo modo, para estimar excelente una novela europea, dada su prolongada tradición literaria, aplicamos un módulo diferente al que aplicamos a una novela hispanoamericana, que se halla en su período naciente.

Fundamentalmente, toda obra de arte es esencialmente cualitativa. Se valora por juicios estimativos más que por juicios lógicos o matemáticos. De ahí el error de pensar, por ejemplo, que Neruda es más grande que Darío. Porque no se trata de comparar dos cimas del relieve geográfico, tales como el Aconcagua y el Everest. Se comparan dos valores cualitativos, con riquísimos atributos, único cada uno en sí, con sus caracteres propios y diferentes entre sí. Porque el artista, si es artista, es singular. Igual a sí mismo. Darío es Darío. Neruda es Neruda. No hay escapatoria. Su única expresión es el principio de identidad.

tal concepto, ofrezco estas ideas, para que otros, más preparados y con más aguda observación, logren colocar un jalón más allá de donde yo he fincado el mío...

Sencillamente, eso es todo.